

LA BIOGRAFÍA EN LA HISTORIOGRAFÍA MODERNISTA ESPAÑOLA. DE LA PRÁCTICA A LA TEORÍA

Juan Francisco Pardo Molero

Universitat de València

Resumen: En este artículo se repasa la práctica de la biografía en la actual historiografía española de la Edad Moderna, a partir de diversos ejemplos, y se proponen determinadas reflexiones sobre metodología y epistemología a propósito de la disciplina. Asimismo se presta atención a las influencias de los enfoques sociológicos en las posibilidades del género.

Palabras clave: Historia Moderna. Historiografía. Biografía.

Résumé: Dans cet article on fait état, à partir de quelques exemples, de la pratique de la biographie dans l'actuelle historiographie espagnole des Temps Modernes et on propose certaines réflexions méthodologiques et épistémologiques à propos de cette discipline. On a aussi fait attention aux influences des démarches sociologiques dans les possibilités du genre.

Mots-clé: Histoire Moderne. Historiographie. Biographie.

Si revivir a los muertos constituye la alquimia del historiador,¹ en los últimos años se ha vuelto a invocar la biografía en un curioso afán por resucitar una disciplina que, en la historiografía académica, parecía olvidada. Unida como está a la literatura, la biografía se ha visto impulsada, desde hace una veintena de años, por el retorno de la narrativa tenida por convencional. Y, junto a los libros de historiadores ocasionales que inundan los escaparates de las librerías, también los historiadores de oficio han recuperado la afición por el “género”. El gusto por contar historias, que ha influido tanto en la literatura como en la historiografía, ha puesto en primer plano vidas particulares, en muchos casos oscuras, que se constituyen en eje de nuevas aproximaciones al pasado. Ante esta floración cabría preguntarse si la historiografía, cuyo giro más radical en el siglo XX se hizo con el hori-

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación “Elites de poder y relaciones sociales en la Valencia moderna” (BHA2002-01075), financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología. Quiero agradecer al profesor Telesforo Hernández sus valiosos consejos sobre una disciplina tan lúbil como la biografía.

¹ Si no los revive, al menos el historiador “hace hablar” a los muertos, según expresión de Agnes Heller, *Teoría de la historia*, Barcelona, 1982, capítulo I, por ejemplo p. 45; o “Historia vivida, utopía, apocalipsis, marcha fúnebre”, en *Una filosofía de la historia en fragmentos*, Barcelona, 1999, pp. 59-111, especialmente pp. 64-67.

zonte de la “totalidad”, encuentra utilidad en la biografía, o si ésta es más bien un refugio del pensamiento menos fuerte, generador de la crisis de aquella historia total. La microhistoria, la historia de la cultura y de las representaciones o las nuevas aproximaciones a los grupos de poder han abierto vías para recuperar el enfoque personal como susceptible de aportar explicaciones a nuevos y viejos problemas. Lejos de sentirse comprometida por la cuestión de la representatividad del sujeto,² o de la alternativa entre lo personal y lo colectivo en la historia, la nueva biografía se postula como una opción de investigación para la reconstrucción de configuraciones sociales y culturales. No obstante, en la práctica la metodología y el soporte teórico que ha de tener la incursión en el terreno biográfico no siempre están a la altura del proyecto.

En un ensayo cuya primera redacción data de 1939, Norbert Elias reflexiona acerca del eterno problema del papel respectivo de individuo y sociedad en las ciencias sociales. Con su habitual sencillez expositiva arguye que ambos polos de la cuestión no constituyen realidades opuestas y que carece de sentido decidir si son los unos o la otra quienes mueven el mundo. El individuo y la sociedad son mutuamente dependientes y ni siquiera en la abstracción pueden aislarse uno de la otra y viceversa. Las relaciones entre los individuos, conformadoras de la sociedad –creadoras de configuraciones en el lenguaje de Elias–, serían los objetos, existentes realmente, que el científico social tendría que estudiar.³ Precisamente la existencia o no de esas relaciones, o de sus resultados como estructuras, es el caballo de batalla de sus diferencias con la teoría sociológica weberiana; pero el propio Max Weber, que funda su interpretación de la vida social a partir de la individualidad, resalta que no pueden dejarse de lado las estructuras colectivas, si bien, eso sí, son puramente “conceptuales” e “instrumentos de otras maneras de enfrentarse con la realidad”.⁴

² Sobre la “representatividad” véase el parecer de Isabel Burdiel en una aguda meditación sobre los problemas de la biografía, “La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica”, en el libro coordinado por ella misma y por Manuel Pérez Ledesma, *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, 2000, pp. 19-47, especialmente pp. 35-36.

³ *La sociedad de los individuos. Ensayos*, ed. de Michael Schröter, Barcelona, 2000 (la primera ed. en castellano es de 1990, y en alemán de 1987, pero tanto el prólogo del autor como una breve nota del editor aclaran la época de elaboración de los diversos ensayos), primer ensayo, del mismo título, pp. 17-84. Aborda directamente, en la p. 73, la, en su opinión, falsa disyuntiva acerca de “si la historia la realizan las grandes personalidades o si todos los seres humanos son reemplazables y la individualidad carece de importancia para el desarrollo de la historia”. Es posible que en estas páginas Elias se muestre algo menos radical que, por ejemplo, en la “Introducción” a *La sociedad cortesana* (México, 1982), donde rechaza con energía los “tipos ideales” weberianos (pp. 25 y ss.).

⁴ Véase el primer capítulo de *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, 1964, especialmente pp. 12-13; cf. las reflexiones de Antonio Morales Moya, “Biografía y narración en la historiografía actual”, en *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993, pp. 229-257, concretamente pp. 234-235.

No es, evidentemente, nuestro deseo opinar sobre la realidad o idealidad esencial de las relaciones, pero, ideales o reales, insistimos en la necesidad de estudiar las redes de vinculaciones sociales. Jon Elster ha analizado largamente las condiciones de la racionalidad e irracionalidad de las decisiones humanas, mostrando, de un lado, la inutilidad de aplicar a su estudio conceptos y esquemas de las ciencias naturales y, de otro lado, la profunda imbricación de las opciones individuales en un abanico de racionalización, que incluye la capacidad consciente de concebir un futuro complejo y, por tanto, un mundo de cambiantes relaciones.⁵ Este tipo de razonamientos, a nuestro juicio, ayudan no poco a situar la biografía dentro de los estilos historiográficos. Partiendo de estos supuestos, que ponen el acento en las redes de relaciones sociales y en las condiciones de la decisión individual, la historiografía puede ofrecer un marco de análisis en el que, sin abandonar sus objetivos más arraigados en el siglo XX (la explicación de estructuras y del cambio social), se desarrollen hipótesis sobre los complejos vínculos entre las personas y los grupos.⁶

De acuerdo con un sugerente artículo de Sabina Loriga, los grandes modelos decimonónicos que marcaban la pertinencia de biografíar a uno u otro personaje giran en torno a tres posibilidades humanas: el héroe, el enfermo social o la partícula de la sociedad, según las pautas marcadas por Carlyle, Burckhardt o Taine.⁷ Más o menos se corresponderían con la función de liderazgo, la de contraste con el entorno y, por el contrario, la aparente indiferenciación en ese entorno. Desde la teoría parece tenderse más, actualmente, hacia esa última posibilidad; pero en la práctica los historiadores han seguido cultivando con el mismo o mayor entusiasmo biografías que se adaptan a los otros modelos. Ciñéndonos a la historia moderna en España, muchas de las aportaciones de los últimos años encajan en moldes bastante tradicionales. La historia de reyes y príncipes, la de ministros, intelectuales o militares son campos intensamente cultivados. Frente a ambos tipos extraordinarios la historia individual del hombre corriente sigue siendo casi excepción. Estas tres facetas construyen su propio ámbito, pero reposan también, en buena medida, sobre la herencia de la historiografía hispana de mediados de siglo. Desde lo más notable de ese legado, y examinando sólo algunos ejemplos, escogidos casi al azar, de la práctica actual entre autores españoles e hispanistas, trataremos de esbozar las posibilidades del género, para, finalmente, reflexionar sobre sus condiciones teóricas.

⁵ *Ulises y las sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*, México, 1989; véanse las más recientes consideraciones del autor sobre los mismos temas, *Ulises desatado. Estudios sobre racionalidad, precompromiso y restricciones*, Barcelona, 2002.

⁶ *Vd.* las reflexiones sobre estos problemas de Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, XLIV (1989), 6, pp. 1325-1336.

⁷ “La biographie comme problème”, en Jacques Revel (dir.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Paris, 1996, pp. 209-231.

EL LEGADO

Además de los imprescindibles fundamentos epistemológicos y metodológicos tanto la práctica biográfica en España como el estudio de la misma tendría que construirse desde los ejemplos “clásicos” de nuestra historiografía. Desde luego no para canonizar determinadas obras, sino para buscar los fundamentos de la práctica actual y, por lo tanto, de sus carencias y de sus perspectivas de progreso. Y no hay que ir muy lejos: entre las décadas de 1940 y 1950 había de cristalizar buena parte de la base de la historiografía española de la segunda mitad del siglo, entre los restos de la brillante tradición intelectual anterior a la Guerra Civil y la paulatina renovación universitaria. Gregorio Marañón y Jaime Vicens Vives representan ejemplos elocuentes de ese período, de sus oscuridades, pero también de sus mayores luces. El primero, sin duda algo más que un “médico interesado por la historia”,⁸ realizó en su *Antonio Pérez* un ejercicio muy interesante basado en la combinación de trazos narrativos con el análisis del personaje presentado en un curioso poliedro. Al margen de lo que realmente se deba a Marañón en materia de investigación, y de lo que ha envejecido el libro en los enfoques culturales y de representación, la estructura resulta audaz y no puede negarse que ha hecho fortuna. El estudio de los personajes a partir de diversos planos sincrónicos se ha utilizado como eficaz forma de aprehender el carácter o las dimensiones de aquellos. Por otro lado, y más allá del contenido político, la trama faccionaria de la Corte de Felipe II sigue atrayendo la atención de los investigadores. Sin embargo, más allá de estas aportaciones, la importancia del *Antonio Pérez* viene más del influjo que tuvo (y conservó largo tiempo) en la sociedad culta española como una de las biografías más exitosas de su tiempo; y, por tanto, uno de los libros de historia más leídos en España.⁹

El otro gran referente que hemos escogido, Jaime Vicens, propuso como modelo biográfico su inacabado proyecto sobre Fernando el Católico. El único volumen realizado (publicado póstumamente en 1962) podría perfectamente haber marcado las directrices de las biografías de monarcas, y

⁸ Según el irónico pero un tanto riguroso comentario de Joseph Pérez (*Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, 1988, p. 70); más generoso resulta el juicio de Elliott, al calificar a Marañón de “hombre de letras brillante” (*El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, 2ª, 1990, p. 7).

⁹ *Antonio Pérez. (El hombre, el drama, la época)*, Madrid, 2 vols., 1947 (hemos manejado la quinta edición, de 1954). A propósito de la influencia de Marañón a la hora de fijar los partidos en función de sus posturas ante la política exterior (halcones y palomas), leemos en el capítulo II que “en el fondo, el belicismo de Alba y el pacifismo de Éboli no eran otra cosa que pretextos para arrastrar hacia uno u otro bando lo que era entonces fuente, casi divina, de todo bien: la gracia real” (ed. cit., t. I, p. 31).

más dadas las geniales intuiciones que contiene, como el capítulo dedicado a la formación y al entorno del príncipe. Desde la introducción se ve claramente que el libro va más allá de la estéril dicotomía entre individuo y sociedad, apostando por una unión más estrecha entre ambos: “Cada sujeto histórico no es únicamente su personalidad más su circunstancia exterior, sino esta misma circunstancia inserta en la intimidad de su ser, con el cortejo de intereses morales y materiales que le convierten en una molécula de la vida social a que pertenece y le vinculan indisolublemente a la articulación mental y económica de su Edad”. Pese a atisbos de insistencia en ese marco externo, que casi determina “como consecuencia lógica e irreversible” los hechos, o a un optimismo epistemológico propio de la época, tanto en lo referido a las fuentes, como en la actitud misma frente a la historia, la figura se presenta con las necesarias claves de incertidumbre.¹⁰

En ambas obras, quizás un tanto olvidadas (pese a las constantes reimpressiones de la de Marañón), se condensa buena parte del mejor legado de la historiografía española de mediados del siglo xx; bien próxima a nosotros. Afortunadamente hace poco Ernest Belenguer ha ponderado en su justa medida la importancia de la obra de Vicens, concluyendo con acertada expresión que la temprana muerte del gran historiador catalán significó “una segunda muerte del monarca aragonés”.¹¹ Pero también podemos localizar algo del lastre que sigue arrastrándose. En el caso de Vicens, el espíritu reivindicativo del Rey Católico, en la época de exaltación de las virtudes de su esposa, estaba plenamente justificado. No tanto quizá en las tentativas actuales de reivindicar hasta al más antipático de los monarcas. También el *Antonio Pérez* ha dejado una huella demasiado profunda tanto sobre el Rey Prudente como sobre los hilos manejados por secretarios y facciones; sólo últimamente con los análisis del Gobierno real dentro de la lógica cortesana parece superarse ese marco. Más allá de las aportaciones concretas de cada obra al conocimiento de cada una de las figuras biografiadas, creo que no sólo merece la pena reconocer las insuficiencias de que adolecen desde la óptica actual, sino también valorar su influjo en la construcción de la biografía “a la española” y las enseñanzas metodológicas que todavía pueden brindarnos. Y esto muy particularmente en el caso de las biografías de los reyes.

¹⁰ *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, 1962, citas en pp. 5 y 6.

¹¹ *Fernando el Católico. Un monarca decisivo en las encrucijadas de su época*, Barcelona, 1999, p. 29.

REALES PERSONAS

Los éxitos de ventas de los libros de Fernández Álvarez o Henry Kamen¹² han recordado las enormes posibilidades del mercado de lectores de historia. Beneficiados en buena medida de conmemoraciones oficiales, constituyen la punta del iceberg de toda la tinta que ha corrido en los últimos cinco años a propósito de aquellas regias efemérides. Y si, al igual que el resto de trabajos acogidos a los fastos centenarios, participan de un cierto espíritu de revisión de las figuras recordadas, también hay que decir que esa revisión en algún caso se torna casi exclusiva apología. Por el contrario una de las más notables aportaciones en el conocimiento de la vida y reinado de uno de los reyes conmemorados, Felipe II, resulta de una obra sin pretensiones biográficas. Me refiero a uno de los libros de Geoffrey Parker, preocupado por la estrategia imperial hispana de la segunda mitad del Quinientos.¹³ El historiador británico parte con ventaja, pues (al igual que en el caso de Fernández Álvarez) su dedicación a la figura del Rey Prudente viene de antiguo, e incluye un excelente ensayo biográfico;¹⁴ también en el caso que nos ocupa, sin plantearlo creo que ha conseguido plasmar abundantes elementos biográficos al abordar un problema esencial en el estudio de vidas singulares: el proceso de toma de decisiones. Las preguntas formuladas por Parker en su obra sobre la estrategia filipina tienen el suficiente alcance teórico como para dar profundidad al análisis político desde el punto de vista de la persona.

Escapa de esa universal celebración de centenarios el libro ya citado de Ernest Belenguer sobre Fernando el Católico. Además de la tentativa por escribir para cualquier lector serio (más allá del historiador), el libro destaca por su decidida apuesta por la biografía política, y tiene la gran virtud de integrar, en la medida en que lo posibilita el desigual desarrollo de la investigación, los diferentes territorios de la naciente Monarquía católica. Como todos los escritos de Belenguer, y pese a esa intención divulgadora, la obra no carece de tesis, y en ella es puesta en cuestión, después de una rigurosa (y útil) disquisición historiográfica, la tradicional concepción de la España unida, y por tanto el papel histórico de quienes fraguaron la unión dinástica.¹⁵ Desde una óptica bien distinta, el libro sobre el príncipe Juan de Ángel Alcalá y Jacobo Sanz trae al campo biográfico otra vía de reflexión

histórica, pues no sólo reproduce el proceso vital, sino sobre todo el significado, en su tiempo y el inmediatamente posterior, del nacimiento, vida y muerte del personaje, es decir, la construcción del personaje y su leyenda. La obra se constituye por tanto en una suerte de metalenguaje, en el que fuentes documentales, crónicas e historiográficas son analizadas para hablar no de la información "positiva" que contienen, sino de la carga significativa con que era consignada esa información.¹⁶ Ambos ejemplos, curiosamente sobre padre e hijo, permiten ahondar en una posible clave metodológica sobre las biografías regias o principescas: la construcción del personaje por cronistas, historiadores, panegiristas o difamadores.

Diferente es la perspectiva adoptada por el hispanista alemán Albrecht Graf von Kalnein para abordar la controvertida figura de Juan José de Austria. De hecho se admite abiertamente desde la misma introducción un planteamiento completamente clásico: escribir una historia poco conocida, realzar el papel aragonés, profundizar en el personaje y establecer la relación entre política y sociedad. Paradójicamente se rechaza el propósito biográfico y, lo que resulta más preocupante desde el punto de vista epistemológico, se reduce al personaje a la categoría de "síntoma".¹⁷ La un tanto decepcionante renuncia a reconstruir la vida del protagonista se ve confirmada explícitamente al reducir los aspectos más biográficos a una digresión sobre su biblioteca y a "aquellas etapas de su vida importantes para el período que aquí tratamos".¹⁸ Cabría preguntarse si los primeros años, la formación y la vida apartado de la Corte carecen realmente de importancia para su posterior acción política. En cualquier caso la otra de las amenazas planteadas en las primeras páginas, el reducir el personaje a síntoma de su tiempo, queda más difuminada en el resto del libro, al verse con mayor claridad un mosaico complejo de personajes.

Creo que difícilmente pueden atribuirse al género biográfico aquellas vidas de reyes, papas, prelados y a veces ministros de menor rango que, aunque giran en torno a un protagonista que les da título, superan con mucho la peripecia vital de éste. Y no en el sentido que, como se verá más adelante, proponemos. Es fácil confundir la biografía de un rey con el estudio de su reinado. Los monarcas, es cierto, no son fáciles de biografar, es decir, de trazar la trayectoria de su vida dentro de un marco organizado de trayectorias, de cruzar las representaciones socioculturales del individuo con sus planos económico, institucional, familiar, etc., de describir sus estrategias de sociabilidad, tanto en sus relaciones como en sus esfuerzos de reproducción social; en definitiva, de trazar la vida desde los actos y desde

¹² Del primero, *Felipe II y su tiempo*, Madrid, 1998 (sin duda una de las más completas biografías del monarca) y *Carlos V, el César y el hombre*, Madrid, 1999; del segundo, *Felipe de España*, Madrid, 1997 y *Felipe V. El rey que reinó dos veces*, Madrid, 2000.

¹³ *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, 1998.

¹⁴ *Felipe II*, Madrid, 1984 (1ª ed. en inglés, 1978).

¹⁵ *Fernando el Católico. Un monarca decisivo en las encrucijadas de su época*, op. cit.

¹⁶ *Vida y muerte del príncipe don Juan. Historia y literatura*, Valladolid, 1998.

¹⁷ Vd. las pp. 18-19 de *Juan José de Austria en la España de Carlos II. Historia de una regencia*, Lérida, 2001.

¹⁸ *Ib.*, p. 92.

los anhelos. Confundir rey con reino, con reinado (época, por tanto), no ayuda al proyecto de escribir historias de vidas.¹⁹ No es casualidad que el análisis más influyente de la ficción medieval de los dos cuerpos del rey fuera realizado por quien había acometido la biografía del emperador Federico II.²⁰

MINISTROS, PRELADOS, INTELLECTUALES Y MILITARES

Campo que puede resultar fecundo es el de este tipo de figuras, cuyo recorrido no coincide necesariamente con el primerísimo plano de la vida pública. En ocasiones estas biografías se presentan como producto secundario o coronación de una larga experiencia investigadora dedicada al personaje. Es el caso de la biografía de Cisneros por García Oro.²¹ Se trata de reordenar la investigación precedente y de extraer de ella los datos que configuran un perfil vivo, muchas veces con una intención divulgadora. La posición del investigador es ventajosa con respecto al lector, pues puede condensar en un solo volumen años de reflexión y aportaciones. Pero entonces el trabajo tiende a relacionarse inexorablemente con el resto de la producción del autor, que la explica y la llena de contenido. La biografía de Mayans, obra de Antonio Mestre,²² participa también de ese ánimo divulgador, y consiste también en una larga reconstrucción hecha a partir de cuantiosas aportaciones precedentes. La interrelación de esta obra con los otros trabajos del autor es confesada desde las primeras páginas del libro.²³ Pero en este caso, más que en otras biografías de parecido perfil, la coherencia con el resto de la obra del autor es mucho más trabada. En las páginas de la biografía de Mayans palpita la polémica relación entre la política, a veces tortuosa, y las actitudes religiosas y culturales, clave del conjunto de la obra

¹⁹ Véanse en este sentido las indicaciones, a partir de ejemplos concretos, de René Pillorget, "La biografía, género histórico. Evolución reciente en Francia", en *Las individualidades en la historia. Actas de las II Conversaciones Internacionales de Historia*, Pamplona, 1985, pp. 81-114, especialmente p. 89.

²⁰ Ernst H. Kantorowicz, *Kaiser Friedrich der Zweite*, Berlín, 2 vols., 1931 (desgraciadamente aún inaccesible en castellano; nos queda el consuelo de disponer de *Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval*, Madrid, 1985). Fuera del ámbito modernista que nos hemos fijado, también debería tenerse presente la ineludible biografía de San Luis de Jacques Le Goff (*Saint Louis*, París, 1996) y el tratamiento que Isabel Burdiel hace de Isabel II ("Isabel II. Un perfil inacabado", *Ayer*, 29 (1998), pp. 187-216).

²¹ Cisneros. *El cardenal de España*, Madrid, 2002.

²² Don Gregorio Mayans y Siscar. *Entre la erudición y la política*, Valencia, 1999.

²³ "Este libro es el resultado de unos meses de reflexión sobre el trabajo investigador de muchos años. Imposible recoger en pocas páginas matices que hubiera deseado dar a conocer en la evocación de la persona y actividad de don Gregorio. En los trabajos minuciosos, y más extensos, pueden leerse. Aquí he pretendido exponer las circunstancias más decisivas de su vida y los caracteres más sobresalientes de su actividad" (*ib.*, p. 9).

de Antonio Mestre. Del mismo modo se redibujan las tramas humanas y sociales que dieron forma al entorno de Mayans; y, lo que es más interesante, cómo el erudito de Oliva logró construir sus propias redes de relaciones culturales y personales, entrelazadas con las de otros personajes (el deán Martí, Pérez Bayer, etc.).

Ánimo muy distinto es el de la vida de Francisco de Borja escrita por Enrique García Hernán.²⁴ Obra derivada, quizás, de la labor de publicación de la correspondencia borgiana, el marco de la familia del protagonista y de sus primeros años queda, no obstante, un tanto desdibujado, y aun confuso cuando se trata de explicar las características de la nobleza valenciana. Pese a todo, tiene el mérito de extractar la interesante correspondencia del duque don Juan, padre del santo, que revela los vínculos entre la Corte imperial y el entorno valenciano de los Borja. Otro es el caso del *Godoy* de Emilio La Parra.²⁵ Fruto de una investigación exclusivamente biográfica, a juzgar por el prólogo, no se trata aquí de recrear una vida sobre la base de más amplios estudios precedentes, sino de la orientación del trabajo bibliográfico y de archivo hacia el fin biográfico. La Parra ha sabido recrear los ambientes iniciales de Godoy, pese a la siempre exasperante falta de información sobre los primeros años, el Madrid del postrimero Carlos III, y el mundo cortesano de Carlos IV. Con un especial interés en las representaciones del príncipe de la Paz (desde los diversos frentes, favorables o contrarios) el personaje se muestra tanto de carne y hueso como de cartón piedra y de papel, en las diferentes figuraciones. Uno siempre podrá preguntarse por el entorno de sus primeros años en la Corte, y también por la postura de los principales ministros (singularmente de Aranda, que firma la convocatoria para su investidura como grande),²⁶ pero la restitución de un personaje mucho más real que el pastiche habitual es prácticamente completa. Por lo demás se desvela en este caso la biografía como ejercicio con la suficiente entidad como para replantear importantes asuntos de la política interior e internacional, mérito que comparte con el *Olivares* de Elliott. Y todo ello, en fin, aderezado con una prosa limpia y no muy común en nuestra historiografía. Finalmente, otras dos biografías de ministros de los Borbones, Rávago y Patiño, resultan igualmente clarificadoras sobre la gestión de ambos, pero en los dos casos el esfuerzo de los investigadores se ha centrado principalmente en la gestión política, y más concretamente en el contenido de la misma. Así conocemos con precisión las funciones del confesor regio, y por fin contamos con un estudio detallado de las reformas promovidas por Patiño. También aprendemos bastante sobre los juegos del poder, y el relevo de facciones, alrededor de los gobiernos de Felipe V y de

²⁴ *Francisco de Borja. Grande de España*, Valencia, 1999.

²⁵ *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, 2002.

²⁶ *Ib.*, p. 86.

Fernando VI. Quedan, sin embargo, más desdibujados los entornos humanos de uno y otro.²⁷

Ahora bien, pese a toda la importancia de las revelaciones que aportan las historias de los principales ministros de la Monarquía, creemos que el ejercicio biográfico reviste un interés especial cuanto más bajo sea el escalafón del protagonista. Es evidente que la biografía de Cisneros viene a completar, en buena medida, las de los Reyes Católicos, y aporta una perspectiva esencial al conocimiento de la época; pero no es menos evidente que, por poner un ejemplo reciente, la vida y pontificado de un arzobispo más bien gris de la Valencia del siglo XVII conecta con más estratos políticos y sociales y puede aportar nuevos tipos de reflexión sobre la carrera eclesiástica.²⁸ Creo que este tipo de personajes, situados a veces en lados relativamente oscuros del poder, político, económico o cultural, se prestan, en la medida en que lo permitan las fuentes, a mayores y más complejos juegos de construcción, y deconstrucción, del armazón vital, ofrecen más apasionantes perspectivas de escalada social, culminada o frustrada a medio camino. Y los mecanismos del fracaso son a menudo más elocuentes que los del éxito.

La presentación de la vida de personajes “intermedios” plantea un enorme abanico de posibilidades. La cantidad de redes sociales que han de pulsar las estrategias individuales de ascenso o de mantenimiento en el poder es mayor que la de las utilizadas por quienes gozan de una posición social preeminente o actúan desde cerca del trono. El perfil del arzobispo Aliaga trazado por Emilio Callado ofrece varias aportaciones en este campo. Aunque la intención biográfica no es la principal del trabajo, sí puede valorarse el ascenso y caída de los hermanos Luis e Isidoro; quizá resulte un tanto más oscuro el ascenso a las altas esferas de poder a que ambos accedieron, pero la situación del prelado en la diócesis valentina, desprovisto de apoyos decisivos después de la caída de su hermano del regio confesionario, está bien trazada. Asistimos al espectáculo de la búsqueda de acomodo en las nuevas condiciones políticas y del retroceso a asuntos de menor alcance político en el conjunto de la Monarquía.²⁹ Otras dos biografías, planteadas en el ámbito de la historia cultural, reavivan la misma cuestión. Pese a una notable escasez de documentos, Francisco Sanchis ha reconstruido el recorrido de Honorato Juan desde su Valencia natal hasta su destino final en la diócesis de Burgo de Osma, a través del foco central de su carrera: la ins-

²⁷ José F. Alcaraz Gómez, *Jesuitas y reformismo. El Padre Francisco de Rávago (1747-1755)*, Valencia, 1995; Ildelfonso Pulido Bueno, *José Patiño. El inicio del gobierno político-económico ilustrado en España*, Huelva, 1998.

²⁸ Nos referimos al trabajo de Emilio Callado Estela, *Iglesia, poder y sociedad en el siglo XVII. El arzobispo de Valencia fray Isidoro Aliaga*, Valencia, 2001.

²⁹ *Ib.*, *passim*.

trucción de los príncipes Felipe y Carlos. Además, en una de sus más interesantes aportaciones, examina la recuperación del personaje emprendida por uno de sus descendientes, en el siglo XVII, con el fin de apuntalar sus aspiraciones sociales.³⁰ Por último, la vida de Juan Bautista Muñoz trazada por Nicolás Bas³¹ es otro exponente de los recorridos intermedios que, sin llegar a las grandes alturas culturales o políticas, actúan como eslabones imprescindibles entre aquéllas y otros sectores menos encumbrados del entramado social.

LA POCO CORRIENTE GENTE CORRIENTE

Biografiar a personas de los niveles más bajos de la sociedad parece satisfacer la conciencia del historiador, en un afán profundamente arraigado desde la renovación aportada por el enfoque materialista y también por la escuela de *Annales*: integrar en el discurso a las personas comunes. Pero el individuo dejaría de ser anónimo, no supondría un número inerte en una serie, sino que interesaría conocerlo por su nombre, en relación con todos aquellos, también con sus nombres —con su individualidad, pues—, que constituían su entorno. El hombre partícula, según la clasificación de Loriga, inspirado este tipo en los escritos de Taine,³² irrumpe en la historia como protagonista. La microhistoria ha basado algunos de sus textos fundamentales en esa aspiración. Pero el resultado no deja de ser paradójico pues muchos de los individuos cuyas vidas se han reconstruido tienen bien poco de corriente. De hecho lo excepcional ha sido bandera de la microhistoria para examinar de nuevo la norma social o cultural, o para mostrar sus márgenes, entendidos como espacios de una libertad individual insospechada, propiciadores de cambio social.³³ Las fuentes no son ajenas a esta práctica, pues las excepciones humanas suelen ser las que dejan un rastro documental suficientemente denso.

En este camino, una de las principales aportaciones en el campo hispano vino con la exitosa investigación de Bartolomé y Lucille Bennassar sobre los renegados.³⁴ Pero en la tentativa seguían pesando afanes colectivos.

³⁰ Empeño en el que logró embarcar hasta al curioso jesuita egipciófilo Atanasio Kircher: Francisco Sanchis Moreno, *Honorato Juan: vida y recuerdo de un maestro de príncipes*, Valencia, 2002.

³¹ *Juan Bautista Muñoz (1745-1799) y la fundación del Archivo General de Indias*, Valencia, 2000.

³² “La biographie comme problème”, art. cit., pp. 224-226.

³³ “Il existe, aussi, pour chaque individu, un espace de liberté significatif qui trouve précisément son origine dans les incohérences des confins sociaux et qui donne naissance au changement social” (Levi, “Usages de la biographie”, cit., p. 1335).

³⁴ *Los cristianos de Alá: la fascinante aventura de los renegados*, Madrid, 1989.

Pese a dibujar el contenido del libro a través de experiencias individuales, únicas, se trata de ofrecer la imagen de un grupo social, un conjunto de personas que, en diversos momentos y lugares, han vivido una experiencia parecida. Y no se oculta la tentación de trazar un retrato robot, en un claro ejercicio inductivo. Otros ejemplos centrados en las peripecias de individuos situados entre dos, o más, mundos han puesto de manifiesto las posibilidades de esta práctica. Como el libro de Mercedes García-Arenal y Gerard Wieggers sobre Samuel Pallache.³⁵ No se trata, precisamente, de un cualquiera: sus actividades le pusieron en contacto con altos personajes de la política europea. Pero la vida de este judío, a caballo de España, Marruecos y los Países Bajos, y de los siglos XVI y XVII, tiene bastante en común con la fragilidad característica de las existencias humildes. Los autores, además de restituir en la medida de lo posible lo cierto y comprobable de su biografía, realizan una interesante reconstrucción del contexto: un contexto humano, formado por experiencias parecidas (en línea, pues, con Bennassar) que ilustra el paisaje del mundo entre dos mundos.³⁶ Más interesante que las vidas paralelas resultan en este cuadro los bosquejos, fugaces y difíciles de documentar, de sus verdaderos compañeros de fatigas, de quienes compartieron aventuras con los Pallache y vivieron un mismo entorno, aquellos que constituyen el genuino contexto de la vida individual.

Otra es la “contextualización” practicada en la investigación de Isabel Testón, Rocío Sánchez y M^a Ángeles Hernández sobre el intrigante soldado y adivinador Juan de Medina.³⁷ Aquí el fondo del cuadro viene dado por la reconstrucción, a partir de conocimientos generales, de las “lagunas debidas a la pobreza de la documentación”.³⁸ La tentativa confesada es narrar la vida de un “claro exponente del hombre común” del siglo XVI.³⁹ Y esto se combina con un estilo que apuesta por una narración *cuasiliteraria*, no muy lejos del *Martin Guerre* de Natalie Zemon Davis. Con este ejemplo a la vista, resultan obvias las reflexiones sobre el conocimiento extraído de las fuentes directas y aquel que aportan fuentes indirectas o el trabajo de otros investigadores sobre objetivos más generales.⁴⁰ Es evidente, en la construcción de la historia, que descartar determinadas posibilidades cuando se cuenta con suficientes elementos de comprobación, no es atribuir aleatoriamente un hecho o una posibilidad. También lo es que las licencias literarias ayudan a construir un discurso y están casi siempre presentes en

³⁵ *Entre el Islam y Occidente. Vida de Samuel Pallache, judío de Fez*, Madrid, 1999.

³⁶ *Ib.*, pp. 30-80.

³⁷ *El buscador de gloria. Guerra y magia en la vida de un hidalgo castellano del siglo XVI*, Alcalá de Henares, 1998.

³⁸ *Ib.*, p. 12.

³⁹ *Ib.*, p. 228.

⁴⁰ Los modelos de “contextualización” utilizados en los trabajos sobre Pallache y Juan de Medina ya fueron tipificados por Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, *cit.*, pp. 1331-1332.

el trabajo del historiador, incluso del que pretenda la más serial de las historias. Pero combinar un relato bastante literario con historia tradicional y bien documentada es una opción arriesgada. Una buena narración puede quedar aprisionada por una historia demasiado convencional, o a la inversa. En este caso la historia tiene el suficiente atractivo, y la carga literaria no se oculta al lector, que puede discernir la creación más o menos artística de la aportación erudita. Pero queda pendiente el problema de la relación entre un contexto general, externo a las fuentes y fruto de una bibliografía convencional, y la fuente individual, “incontextualizable” más allá de su mundo o de su íntegro registro documental.

* * *

A la vista de este variopinto panorama, en el que objetivos y métodos difieren por completo, está de más decir que la práctica biográfica carece de unidad de orientación, o de una (o unas pocas) escuelas que aglutinen la producción. Pero la elección de procedimientos diferentes se deriva, con toda lógica, de la amplia gama de tipos de personalidad susceptibles de ser biografiados, y de las diferentes preguntas que unas y otras historias de vidas pueden responder. Sin embargo se impone buscar un sentido epistemológico a este campo, que con tanta afición viene siendo cultivado últimamente. Y quizá no con premisas excesivamente optimistas, pues al igual que la microhistoria no pretende ofrecer una reducción simulada de un problema más complejo, sino que plantea nuevos problemas producto de la variación de escala (lejos de simplificar, complica), tampoco la biografía aporta atajos para solucionar problemas comunes a la generalidad de individuos. Antes bien explica situaciones específicas que no pueden ni generalizarse ni extrapolarse, que no son significativas fuera de sí. La simulación, con este tipo de enfoque, no existe: la comprensión de la realidad total requeriría reproducirla a una escala similar a la misma realidad. ¿Tiene sentido entonces la producción biográfica? Evidentemente si se integra en un discurso que juegue con las variaciones de la escala de observación, una suma de biografías podría desempeñar un papel similar al del enfoque microhistórico:⁴¹ la observación del comportamiento individual de los componentes de un grupo humano podría aportar claves explicativas susceptibles de verificarse, posteriormente, a escala global. El caso de una biografía, de una historia con un protagonista, no tiene por qué ser diferente. La elección de un individuo debe implicar la de su grupo humano. Y, para comprender los mecanismos de configuración de los grupos humanos, resultaría imprescindible servirse de una epistemología de la sociabilidad

⁴¹ En el sentido descrito por Paul-André Rosenthal, “Construire le ‘macro’ par le ‘micro’”. Fredrik Barth et la microstoria”, en Revel (dir.), *Jeux d'échelles, op. cit.*, pp. 141-159, especialmente pp. 142 y 158-159.

que diera cuenta de la centralidad de cada individuo en su círculo de relaciones. En principio podría parecer que la historia se tornaría así una serie tendencialmente infinita de círculos excéntricos unos de otros. Pero el historiador no debe ponerse como meta realizable la explicación de toda la realidad habida y por haber, y de todas sus variables, sino tan sólo explicar significativamente configuraciones sociales susceptibles de ser explicadas y que ayuden a entender el cambio social, político y cultural. Los círculos antes aludidos serían tangentes o secantes unos de otros, formando redes de diversa complejidad. Precisamente esas redes pueden ser el objeto del historiador, y colocarse en el centro de uno de esos círculos puede ayudar a describir la densidad de la trama.

Por lo demás, las aproximaciones macrohistóricas, en el fondo (y especialmente dada la heurística del modernista), operan muchas veces con fuentes *micro*, personales, acaso desenfocadas. La biografía debería restituir las fuentes al mundo en que se originaron: un mundo personal, individual y nominal.⁴² La correspondencia, por ejemplo, antes que reflejar situaciones generales, remite al universo de la persona, que lo canaliza hacia otra persona dentro del mundo –real, simbólico y lingüístico– compartido entre ambos. La producción literaria, intelectual o artística también pone al individuo-creador en relación con el lector o espectador de su tiempo; es una versión del interior, codificada en un lenguaje comprensible para ambos; tamizada, por tanto, sujeta a convencionalismos también, pero significativa para el historiador avisado. Y aún puede irse más allá, hasta el contrato registrado por un notario, o el producto de la actividad pública reflejado en fuentes gubernativas. Siempre, en su origen físico o moral, fruto de una autoría individual, aunque también elaboradas en grupo (otros individuos). La vivencia de estos actos es puramente individual. Y hasta los fenómenos generales se experimentan en el ámbito de lo individual, desde las revueltas sociales hasta las crisis económicas.⁴³ Es esta doble dimensión de la acción y de la experiencia la que debe rastrear la biografía, con toda su carga de incertidumbre e impredecibilidad. Y cómo, naturalmente, todo ello se proyecta en haces de relaciones. A partir de ahí los contextos, nunca dados de antemano, se reelaboran, se tornan significativos y, en consecuencia, se cargan de problemas nuevos.

⁴² Cf. las consideraciones de Burdiel: “Los historiadores no podemos sortear la biografía a menos que consideremos posible leer un documento e interpretarlo sin referencia a una intención y, por tanto, a un sujeto que actúa y a un contexto de acción”. Y aún más contundente: “Cuando se pretende escapar de los individuos lo que se está haciendo, en realidad, es optar por una u otra forma de tratamiento del material biográfico disponible” (“La dama de blanco”, cit., pp. 26 y 27).

⁴³ Como recuerda Rosenthal, con marcado acento weberiano, es en el plano microscópico donde operan los procesos causales eficientes (*loc. cit.*).